

Enrique Ricardo Garet

Presencia y Destino de Batlle y Ordóñez

(Discurso pronunciado por Radio Carve el 20 de Octubre 11º aniversario del fallecimiento de don José Batlle y Ordóñez).

¿Con qué palabras podremos evocar hoy a este hombre, de quien tanto se ha hablado? ¿Qué vocablos límpidos, no tratinados por el uso, nos servirán para proclamar, una vez más, nuestro orgullo de que él haya nacido y vivido entre nosotros? ¿Cómo juntar, por otra parte, todos los signos inequívocos, que flotan aquí y allá para tocar con esta magia humana de pequeños dioses, su figura de hombre, si él está ahí entre las sombras, encendido como un faro, palpitante y eterno?

Porque no fué, señores, aquel día de Octubre del año 20, un día de duelo para esta tierra nuestra, verde y azul. Aquel desbordante río humano, acongojado y mudo, no iba llevando un ataúd con un cuerpo yacente: iba acompañando a un hombre inmortal, de pie, hacia la Historia.

Para los hombres que han tenido un gran amor, la muerte, que es término, no existe; y el amor de Batlle fué el pueblo. El más grande amor que se pueda tener, porque no conoce egoísmos, ni límites. El pueblo, carne dolorosa, brazos hechos para recoger la fatiga, frente inclinada hacia la tierra... ¿Qué de extraño tiene, pues, que habiendo Batlle vivido para el pueblo — su grande amor — viva hoy en el pueblo, consubstanciado con su voz de justicia y de esperanza? Mas, todos los amores piden algo: una sonrisa, una moneda, una palabra, una canción, un beso... Y es que el amor del pueblo nada pide?

Sí, pide justicia. Justicia, que es instrucción; instrucción que es igualdad; igualdad, que es bienestar; bienestar, que es ensueño...

Si todos los hombres son iguales ante el dolor y el misterio, ¿por qué han de ser distintos en la vida? Si todos los hombres son orgánica, biológicamente idénticos, ¿por qué han de ver desarrollar su vida en distintas condiciones de lucha? ¿Hay que cargar en la cuenta del destino esa culpa que sólo los hombres tienen? Aunque la mente se trae — ley de una ciega distribución de dones — todos los seres humanos no son iguales, mentalmente, porque unos, con cierto privilegio, han ejercitado su intelecto en las disciplinas del estudio, y otros no; porque no han podido, materialmente, carentes de lo necesario, o porque no han tenido guía de niñez y adolescencia.

Aún, por los corredores tajantes del inquilinato, donde corre el aire frío de la miseria, salta el niño, alegre en sus juegos; el niño mal nutrido, huesudo, y ya, de pronto, con una mirada comprensiva de hombre; esparcida por doquier, rodeando el bloque urbano, en todo el circundante suburbio, innumerable como las estrellas del cielo, está a casilla de palo y lata, entre cuyas rendijas llora el viento con un lamento humano; y en ésta, en aquella y en la otra esquina, el boliche paupérrimo, enciende al atardecer las lucer violetas de la tragedia.

Y no es el suburbio, ni el poblacho lejano, es la entraña misma de la ciudad. Ahí está el banco de la plaza donde el guardián, todos los días invariablemente, a las tres de la mañana, despierta a un hombre turbio, desalquila-

do, para decirle, con un ligero estrujón reconveniente:

— Amigo, no se puede dormir.

Y es el hombre silencioso, huraño y distante que revuelve con los primeros rayos de sol, los tarros de basura, tomando papeles y trapos para su enorme bolsa, nunca tan grande como él quisiera, para poder vender a la

fábrica, en unos centésimos, su contenido.

Y el muchacho, en fin, que, de pronto, porque un día en la pieza hacinada sonó un tiro, tiene que cambiar el banco de la escuela, por la canasta de reparto.

Mas, observad esa masa, ese fermento popular y ved cuán grande es! Cuán-

ta vocación desconocida; vocación de oficio estimulante y engrandecedor; vocación de gabinete para los espíritus retraídos, silenciosos; vocación de arado para las almas simples y vigorosos cuerpos; vocación de arte, en fin, para los soñadores que también marcan derroteros y que también arrojan la simiente.

Como cruzan las capas de la tierra las vetas minerales que, más hondo, en amalgama hirviente van cociendo la riqueza de todos los siglos, cruza también los caminos vitales del mundo toda esa masa humana que es también el metal precioso con que se ha de esculpir el hombre de mañana. Que ha de ser una sola cosa: el hombre justo, de justicia. Cumpliendo su destino enigmático, inexorable, en condiciones dignificantes. Alegre, optimista.

Ese fué, señores, el ensueño de Batlle; ése, su grande amor. A la regada vida de reposo y de ocio, de viaje y placer, tan grata, por otra parte, al espíritu, prefirió la permanente actividad tumultuosa; porque su deleite y cambio de paisaje no pertenecían a la geografía de la tierra, sino al dominio del espíritu, de ese espíritu suyo, fino y musical, con mucho de océano y de montaña.

Su alegría fué, por eso, la lucha sin tregua por el bien de sus compatriotas.

Y un día, señores, un día como este de hoy, se reclinó suavemente, dulcemente en su lecho, y se quedó dormido. Dormido para siempre. Y había en su rostro una suave sonrisa de tranquilidad y de descanso, como esa de los obreros cuando duermen. Sus manos, que habían tenido durante muchos años todos los resortes de la cosa pública, estaban limpias, limpias como la luz. Y su cabello le caía, a uno y otro lado de la frente, como las dos alas fatigadas de un vuelo.

Más que un partido político Batlle había creado una conciencia nacional. La conciencia de este pueblo que quiere justicia para su existencia humana; libertad para manifestarse y regir su destino político; y dignidad para vivir su vida entre los demás pueblos.

Es por ello que Batlle está presente, hoy, como ayer, igual en su grandeza, porque él no fué como esos hombres globos que parecen grandes mientras les tenemos cerca, pero que se van empujando a medida que se van alejando...

Consubstanciado con el pueblo, como lo está la brisa con la fragancia que nos trae, como lo está el grito con la vibración de las cuerdas vocales, Batlle contravierte la ley de las existencias comunes, en virtud del ideal que le encendió la vida, ese ideal que nos ha hecho lo que somos, y que determinará, en definitiva, nuestra grandeza.

Renueva en esta forma y en esta oportunidad su homenaje al ilustre varón, la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Profesionales y Escritores.

ENRIQUE RICARDO GARET

TESTIMONIOS

— I —

Los árboles inclinan las cabezas a la caricia trémula del aire.
Los sueños como rosas palidecen de nube sin orillas, vuelo y tarde.

Un musgo de dulzura la memoria,
golondrinas que vuelven ciertos ángeles.
La luz primera bautizando el río,
y todo canto dibujando un ave.

— II —

Sobre la piedra y el silencio, abren tardes adormecidas hasta el agua,
palmares entre ráfagas serenas...
Oh qué altura de garzas tan callada!...

Azogando los ojos gira el campo,
libre raíz, segura flor en vuelo;
con verdes nubes y con ramas blancas,
abre mi corazón, entre dos cielos.

— III —

Ah! no nací para esta lucha turbia,
juez de sonrisas con olor a humo;
sino limpio designio mañanero,
nací para los surcos.

Para escuchar la lengua de la espiga,
la lección de luceros y de musgos.
Para llenar tus brazos con un niño
y templar esta voz a sol maduro.

— IV —

Por el agua que vive como llama,
estrena el aire una bandera nueva.
Manantial de sed, a buen silencio,
pentagrama de fúnebres abejas...

Un caballo relincha entre los árboles,
husmeando las raíces más certeras
del alba. Pronto ¡sube! Y no equivoques
la puerta de la primavera.

— V —

Hijo, crece de la lluvia,
escucha los sembrados y herrerías.
El potrillo juega con el viento,
la cigarra taladra el mediodía.

Mira el cielo, la llaga del costado,
el puntual testimonio del rocío.
El Amor te dé sueño y mansedumbre
y te sonrían los ojos de los trigos.

URUGUAY GONZALEZ POGG.

BAR "LOS INMORTALES"
Rincón y J. C. Gómez
UTE: 8-08-40